

dijo San Agustín: *magna res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*. No fué sólo á los doctores y á los próceres á quien dijo Cristo: *sed perfecto como vuestro Padre que está en el cielo*.

La fraternidad y la igualdad de cuantos seres componen el linaje humano no han sido reconocidas y proclamadas recientemente, sino desde muy antiguo en todas las regiones y en todos los pueblos. Sin duda la apoteosis del humano linaje, con que soñó Augusto Comte y sueñan aún otros fanáticos positivistas, es superstición en extremo absurda. Pero el concepto de *humanidad*, y la significación de este vocablo, no ya sólo como calidad ó virtud de ser bondadoso y dulce, sino como algo de substantivo, son ideas antiquísimas que no deben ni pueden tenerse por novedad peligrosa. Ya lo dijo Séneca: *Hómínes quidem pereunt; ipsa humanitas ad quam homo effingitur permanet*: El ser inmortal de la humanidad permanece aunque los hombres perezcan.

No hay ni debe haber *superhumanidad* ni *superhombres*. Quien pretenda ponerse sobre la humanidad es antihumano. No conviene que haya naciones y razas superiores y preponderantes á expensas, por inmoliación ó esclavitud de otras naciones atrasadas ó decaídas; ni conviene que haya, ni en realidad hay, clases pensadoras, directoras y gobernadoras y otras que deban dejar que las gobier-

nen y que piensen por ellas, limitándose á obedecer y á callarse. *La plutocracia* es á menudo un hecho, pero no es de derecho nunca. La riqueza no es medida exacta del saber y de la inteligencia. La moralidad y el sano juicio no se estiman ni se gradúan por la mayor ó menor renta que cada uno tiene. Ricos puede haber harto más necios y más viciosos que los pobres. Aunque sea más racional y más progresista creer que la riqueza educa y que por consiguiendo mejora, y que en el rico hay más motivos que en el pobre para ser generoso y bueno, y menos incentivos que puedan hacerle caer en error y en pecado, no veo sobrado fundamento, en nombre de la justicia, para declarar al pobre imbecil é incapaz de gobernarse y para sujetarle á la tutela de una supuesta clase superior y gobernadora. Y digo supuesta clase, porque en realidad tal clase no existe. La burguesía, la clase media, ó como queramos llamarla, no es tal clase, sino el conjunto así de todos aquellos que despojados ya de antiguos privilegios aristocráticos entran en el estado llano, como de todos aquellos que por su inteligencia, por su actividad y por sus virtudes de orden y de economía entran también en ese estado llano, y tal vez descuellan en él, surgiendo del más obscuro fondo de las capas sociales.

El Estado que debe realizar la justicia, no ha de ser para favorecer á los ricos y hacer que ellos

gobiernen y dirijan á los pobres, ni ha de ser tampoco para que los pobres vivan á expensas de los ricos, sino para que todos vivan y puedan prosperar, medrar y gozar sin infringir la ley. Y no puede decirse que los ricos deben gobernar y no deben gobernar los pobres, porque los pobres no tienen que perder, lo cual es completamente falso. Las dos pesetas de salario del más cuitado de entre ellos tienen para él igual ó mayor importancia que la enorme suma de libras esterlinas ó de dollars para el dichoso capitalista que la posee y goza. Y en cuanto á la vida, así del cuerpo como del alma, no vale ni importa menos la de un miserable obrero que la de un Fúcar. Tal vez parezca más razonable afirmar el extremo contrario, porque si un Fúcar muere ó enferma, no ha de faltarle otro Fúcar, su heredero, que maneje como él ó mejor que él sus capitales; pero la producción del obrero, la obra de sus manos, el fruto de su sudor ¿quién le suplirá si él falta ó decae?

Ni veo yo tampoco la razón en que se funda Cánovas para recelar que la igualdad política, el sufragio universal, la ilimitada democracia, ha de traer la revolución social como inevitable consecuencia. Al revés lo entiendo yo: entiendo que esa ilimitada democracia acaba con la única razón en que la revolución social pudiera fundarse. El que se queda pobre, el que desde una humilde posi-

ción no sube hasta la cumbre del poder y de las dignidades, el que no acierta á surgir de la obscuridad para bañarse y brillar en el luminoso ambiente de la gloria, no podrá tener derecho para quejarse de la sociedad que le deja francas todas las puertas y abiertos todos los caminos. No diré yo que sean agradables la pobreza y la insignificancia; pero lo que no sólo es desagradable sino que además parece insufrible, es que por ser pobre se condene á un ser humano á perpetua infancia, á incapacidad declarada por la ley y á inevitable tutela. Lo cristiano, lo católico es que la soberanía reside en el pueblo sin distinción de clases y en quien el pueblo la delega. De Dios procede la potestad, *non est potestas nisi á Deo*; pero como dice Domingo de Soto, la muchedumbre crea la potestad inspirada por Dios: *divinitus erudita*. Dios no exige rentas ni otras condiciones y garantías para otorgar en dicha creación voz y voto.

Acaso el ingente poderío, la soberbia triunfante de algunas naciones del Norte de Europa deslumbraron algo á Cánovas y le movieron, ya que no á aceptar resueltamente, á resignarse y á conformarse con ciertas doctrinas, inventadas las más en Inglaterra, y que en mi sentir no sólo ofenden al linaje humano en su totalidad, sino que también propenden á que dudemos de la bondadosa Providencia divina, á no ser que para justificar á esta

providencia traigamos á cuenta la compensación que en una vida ultramundana han de tener los perjudicados.

Es terrible y cruel considerar esta vida que ahora vivimos como lucha sin tregua para conservarla y gozarla á costa de la vida de los otros: *struggle for life*. Es triste imaginar que el progreso es la selección, y que para que una nación, tribu ó raza prospere y florezca, conviene que otras se sometan, se humillen ó desaparezcan cuando son inferiores por degradación ó por atraso; que no haya compasión ni afecto, ni propósito de aupear á los hundidos ni de promover el adelantamiento de los rezagados. Y aun es peor y más desconsoladora la suposición de Malthus de que la gente aumenta mucho más que los medios de subsistencia y de que son muy útiles la guerra, la peste y el hambre, para que nuestro planeta no se pueble demasiado y no se vean sus habitantes en la dura necesidad de comerse unos á otros.

Ha descubierto Cánovas un precursor de Malthus en el autor anónimo de una obra titulada *Arcanos de la dominación*, obra escrita por un español en la segunda mitad del siglo xvii. Los asertos de este primitivo malthusiano coinciden en lo substancial con los del sofista inglés. Cánovas da la razón á ambos y cree en la exactitud del lamentable y desigual crecimiento de la población y de los

medios de subsistencia. Cánovas llega á decir para ilustrar este punto que: "no bien se cuece una hogaza más de pan, no tan sólo nace el hombre que ha de consumirla, sino otro además que llega con la esperanza, frecuentemente frustrada, de que le toque en ella alguna parte. Tal esperanza origina el pauperismo."

Tremenda afirmación es ésta que hasta la esperanza de comer pan quiere quitar á muchos de los que nacen. Por dicha, si bien Cánovas ve el peligro constante, aunque parcial, de que nazca mucha gente, todavía nos consuela empujando hacia un porvenir muy lejano el más espantoso peligro de que lleguemos á no haber de pies en nuestro planeta y á que no haya comida para todos. Yo, por mi parte, sin atreverme á poner en duda la exactitud de lo observado por Malthus y por nuestro anónimo, me limitaré á decir, que cuando éste compuso sus *Arcanos de la dominación*, la población de España no pasaría de seguro de seis millones, y que en el día de hoy, en que debe de ser de más de dieciocho, hay mucha menos miseria, se come y se viste y se calza mejor, y la gente está también mejor alojada. En Bélgica, pongamos por caso, habrá hoy seis millones de habitantes, muchísima más gente que cuando los *Arcanos de la dominación* se compusieron. En proporción de su territorio, que viene á ser la décima sexta parte del de

España, en España debiera haber noventa y seis millones; mas no por eso en Bélgica hay más hambrientos y menesterosos que en España. Tranquicémonos, pues, ya que el peligro, si le hay, está muy remoto. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir en lo futuro! En lo futuro todo cabe, no solo un funestísimo aumento de población. El carbón de piedra puede consumirse, las fuentes secarse y dejar de correr los ríos, enfriarse la tierra, apagarse el sol, ó con el perpetuo rodar de nuestro planeta irse aplastando cada vez más los polos y ensanchándose el Ecuador hasta agujerarse la esferoide y convertirse en un anillo, el cual, dilatándose cada vez más en lo hueco y adelgazándose en el aro, acabe por descomponerse en pedazos informes y sin vida. Pero aunque preveamos todas estas cosas ó algunas de ellas ¿no sería ridículo exceso de precaución y fatuidad imperdonable, querer prevenirlas ó evitarlas reemplazando á la Providencia?

En vez de remedar á Calcas y ser adivino de males, y en vez de arrogarnos la facultad de prevenirlas ¿no sería más racional recordar y seguir el consejo ó precepto de Cristo en el Sermón de la Montaña, desechar toda cautela, confiar en Dios y decir con imprevisión piadosa, *busquemos el reino de Dios y su justicia*, y lo demás se nos dará por añadidura?

Cánovas deja ver en algunos pasajes de sus escritos que se inclina á esta opinión, considerando que los gobiernos que tratan de resolver la cuestión social y se afanan en inventar y promulgar reformas, pecan de entrometidos y se extralimitan de sus atribuciones. Cánovas, sin embargo, reprueba el optimismo de Bastiat y duda de que la omnimoda libertad individual y la no intervención y la inercia de los que mandan, han de producir indefectiblemente las armonías económicas más deseables.

No por eso nuestro teórico grande hombre de Estado aprecia en poco la economía política, si bien la cree insuficiente para resolver cuestión alguna, sin el auxilio de la moral fundada en la fe religiosa. Nadie más opuesto que Cánovas á todas las nuevas ciencias ó disciplinas sociales, que se fundan ó se apoyan en el positivismo, en el materialismo ó en el panteísmo.

En Inglaterra es donde se ha llegado en esta materia á los más delirantes extremos. Buckle, por ejemplo, llega á afirmar que ni Platón ni Aristóteles, ni los Santos Padres griegos y latinos, ni todos los doctores angélicos, seráficos y sutiles, ni los propios Evangelios, han tenido más benéfico influjo en el progreso de la humanidad que el escocés Adán Smith con su *Riqueza de las naciones*. Bien es verdad que Buckle, después de abrumar-

nos más que Drapper á fuerza de vituperios, asegura que nuestra inferioridad en todo procede del sobrado temor de Dios, infundido en las almas de los españoles por los frecuentes terremotos y por las largas sequías, entreveradas de lluvias torrenciales y desaforadas tormentas, que menudean en nuestra tierra y nos hacen medrosos, intolerantes y crueles.

Es indudable que, ora sea optimista, ora pesimista, el pensador político que niega ó desconoce á Dios, la inmortalidad del alma y el libre albedrío, forja una moral independiente, ineficaz para levantar sobre ella el idilio social y el reino de la justicia que debemos buscar todos. En vez de la justicia deja que impere la fuerza, ya sea para que las muchedumbres tumultuosa y fieramente se impongan y predominen, ó ya para que pueblos, castas superiores ú oligarquías sabias, astutas y audaces avasallen al menesteroso é indocto vulgo, le despojen de la posesión y goce de la tierra y hasta le mermen y si fuere menester le destruyan. Se diría que tan disparada locura no puede con seriedad sostenerse; pero tales son la doctrina y el profético anuncio del Superhombre.

Ernesto Renan, en uno de sus más curiosos escritos, llega á explicarnos un sistema tan singular que nos hace dudar de si lo explica creyendo en él ó sólo como pesada chanza y como muestra de

su mucha inventiva y del primor de su estilo. A semejanza de cierto rey de un cuento persa, víctima de compromiso contraído, que tiene que degollar á todos los pretendientes de su hija que no resuelven ni aclaran los enigmas y problemas que su hija plantea ó propone y que deplora y solemniza con un mar de lágrimas tan ineludible degollación, Ernesto Renan deplora la degollación que se ve obligado á ejecutar, para no ser infiel á su hija la ciencia, de cuantas son las ideas y sentimientos religiosos. ¿Pero qué remedio puede haber para mal tan inevitable? Las personas finas é ilustradas cuentan con la filosofía para preservarse del egoísmo, no contraer vicios y no caer en pecado; pero el vulgo, que no filosofa, se rebela y se desenfrena cuando pierde las creencias. El remedio que para tanto mal halla Renan es ingenioso á maravilla. La física y la química progresan espantosamente. Bien podemos exclamar con un discreto autor de zarzuelas

Hoy las ciencias adelantan  
Que es una barbaridad.

El proyecto de Renan es que en lo sucesivo no se divulguen los portentosos adelantos é invenciones que han de realizarse de seguro; que todo quede sigilosamente reservado en el seno de las congregaciones ó colegios de los sabios; que todo sea lo que llamaron en la clásica antigüedad doctrina

*acroamática*; y que, armados los sabios de tal doctrina y del arte taumatúrgico que de ella emana, tengan á raya á la insolente muchedumbre y la amenacen ó la castiguen, ya con cataclismos, ya con erupciones volcánicas, ya con tempestades, ya con epidemias.

Al contradecir el gratuito aserto de que ha pasado la edad de la fe y de que la llamada edad de la razón es la que viven hoy los pueblos civilizados en invencible incredulidad religiosa, negando lo sobrenatural y transcendente, ni Cánovas ni nadie es menos liberal ni menos democrático que los impíos ó irreligiosos. Antes bien puede y debe afirmarse y sostenerse que la sana democracia y el verdadero liberalismo tienen por base la religión, raíz y fundamento de la dignidad del hombre y motivo principal del respeto y del amor que al prójimo debemos. La justicia y la misericordia, el derecho de reprimir y de castigar al delincuente, y el deber de amparar al desvalido, apenas se conciben sin creer en un legislador supremo, en el libre albedrío del hombre y en su responsabilidad consiguiente.

Defendiendo Cánovas, en medio de los azares y tumultos de una revolución desatentada, y demostrando y proclamando en la cátedra del Ateneo tan altos y salvadores principios, mereció bien de su patria y contribuyó á que se consiguiese la paz, y

á que no se menoscabase ó pervirtiese la cultura del humano linaje. Justísimas son las alabanzas que le da por esto el Padre Ceferino González, en su *Historia de la Filosofía*. Sus "escritos y peroraciones, dice, se distinguen por la precisión del lenguaje y la exactitud de las ideas". Y más adelante añade que Cánovas "ha contribuído no poco á extender y consolidar el movimiento filosófico cristiano, no ya sólo por medio de sus estudios y trabajos históricos, sino principalmente por razón de algunos de sus discursos pronunciados en el Ateneo, los cuales reflejan el talento profundo y la ciencia seria y comprensiva de su autor".

No sé yo hasta qué punto puedan considerarse exactas una discretísima observación de Cánovas, y cierta distinción que infiere de ella entre germanos y latinos. Entiende él que en Alemania la teoría y la práctica van cada una por su lado, y que allí el atrevimiento ó el disparate teórico es harto menos peligroso que entre nosotros, donde no bien inventamos ó importamos el atrevimiento ó el disparate, nos empeñamos en traducirle en la práctica con irreflexiva premura.

Alguna verdad hay en esto, ya que á los sabios y filósofos alemanes suelen hacerles menos caso en su tierra que en las extrañas. La figura intelectual de ellos se asemeja con frecuencia á las imágenes pintadas en los vidrios de la linterna mágica,

que si bien aparecen diminutas en el vidrio, se ajigantan y adquieren proporciones enormes cuando se proyectan en lienzo ó pared muy distantes. Así, por ejemplo, Krause, Schopenhauer, Nietzsche y otros.

No participo yo, con todo, del entusiasmo de Cánovas por Kant cuando aprueba y aplaude que, si bien con la razón pura cree destruir toda prueba de la existencia de Dios, con la razón práctica luego nos tranquiliza, nos consuela y nos devuelve al dios que nos había quitado. No fué bufonada de Enrique Heine, sino censura juiciosa, á mi ver, lo que dijo de que Kant, para satisfacción y consuelo de su criado, tuvo á bien devolverle el dios de que le había despojado primero. Por qué si nuestras ideas son sensaciones transformadas que penetran en la mente, donde se ajustan dentro de ciertas formas que en nuestra mente hay, sin que podamos afirmar la identidad ni la semejanza siquiera de tales imágenes con los objetos exteriores que las producen, el *subjetivismo* es completo. Si cuanto sabemos está en el yo, y es creación del yo, fuera del cual no hay para nosotros sino un motor incógnito que nos impulsa y habilita para crear nuestro fantástico universo, las leyes que le gobiernan no podrán tener por consiguiente realidad objetiva. ¿Por qué, pues, han de tenerla el imperativo categórico, la responsabilidad y el libre albedrío de

nuestra alma, que reconoce y acata la ley moral, y la innegable existencia del Supremo Legislador, que la promulga?

Harto menos alambicadas especulaciones inducen por dicha á Cánovas á ser creyente. Como Donoso Cortés, á quien admira, sostiene Cánovas que toda buena política se funda en una buena teología, mas no por eso sigue á Donoso hasta el extremo de creer convenientísimo ser buen teólogo para ser buen gobernante. Cisneros y Richelieu, citados para ejemplo por Donoso, presumo yo que debieron de ser teólogos menos que medianos; que tuvieron harta olvidadas, si es que las estudiaron alguna vez, la Suma de Santo Tomás y las Sentencias de Pedro Lombardo. El propio Cánovas, con perdón sea dicho, no hubo de ser tampoco muy versado en teología. Ni necesitaba serlo para poseer la prudencia mundana, la habilidad, la entereza y otras nobles prendas, por las que ya se cuenta entre los varones ilustres, honra de su nación, hábil para gobernarla y devotísimo aunque algo desesperanzado patriota. Si pudiéramos evocarle y traerle á nueva vida, le diríamos como Fausto dice: "desecha lúgubres cavilaciones y baña tu pecho terrenal en el rosicler de la aurora".

Aunque sólo fuera para no fatigaros con más prolijo razonamiento, las desecharía yo también. Cesó, pues, en mi propósito de ir en pos de Cán

vas por el intrincado y confuso laberinto de los enigmas que pretende aclarar y de los problemas pavorosos por cuya resolución se afana con más talento que ventura.

En la acción, á no dudar, la hubiera tenido grandísima si sus altos propósitos hubieran estado al alcance de valor humano. Pero la condición de las naciones es hoy muy otra de como fué en las pasadas edades. Casi estéril sacrificio es hoy la heroicidad sin la riqueza que da la fuerza. Con un puñado de pobres aventureros no pueden hoy desbaratarse imperios y descubrirse y conquistarse mundos. Se requieren enormes riquezas, acorazados y torpederos, pólvora y dinamita, multitud de cañones, centenares de miles de soldados y tesoros sin cuento para mantener tanto bélico pertrecho y para adiestrar á los hombres en el arte y en el tino con que han de emplearse. Nunca mejor que ahora pudo decirse: *si vis pacem para bellum*. El poder político estriba en el industrialismo, en la buena administración de la Hacienda y en el ahorro. La carencia de tales virtudes, nuestra escasa laboriosidad y nuestro despilfarro y desorden administrativo, nos tienen apocados y nos tienen además descontentos unos de otros, echándonos mutuamente la culpa de recientes malandanzas y desastres, tal vez sintiendo en el pecho veleidades suicidas de separarnos en vez de unirnos y formando

entre los labios la sacrílega negación de la grandeza y virtud de nuestros antepasados.

Esta negación deletérea es ya el último grado de postración y amilanamiento. Ningún Mesías político puede suscitarse á sí, sino para ser en balde ofendido y crucificado. Las grandes acciones requieren la fé vivísima en quien ha de ejecutarlas y el apoyo y el concurso del pueblo en cuyo favor las ejecute. Por un cúmulo de circunstancias deplorables esto faltó á Cánovas y faltó también á no pocos otros hombres que recientemente hemos tenido y que en mi sentir no valen menos de los que figuran hoy y han figurado en el último pasado siglo en las naciones más prósperas y poderosas.

No lamentemos nuestra supuesta degeneración. La preponderancia de otros pueblos no es tan incontrastable como su engreimiento supone, ni debe ser tan sin remedio nuestra caída como quizás imaginamos en nuestro desaliento. ¿Por qué perder toda esperanza de algo á modo de resurrección dichosa: de que sobrevengan aún días felices en que hijos de España y sirviendo á España merezcan la admiración y el asombro de sus contemporáneos, como lo merecieron todos los españoles que celebró Maquiavelo en *El Príncipe*, Castiglione en *El Cortesano* y Campanella en la *Monarquía*, que quiso hacer universal para que fuese nuestra?

Todavía, al presente, después de tanta desventu-



ra como ha venido á abrumarnos, no puede ser mayor ni más pomposo y elocuente el elogio que hace de nuestro pasado valer el insigne historiador y *ensayista* Lord Macaulay.

“El predominio que España ejercía entonces en Europa, era en cierto modo bien merecido. Había alcanzado por su indiscutible superioridad en todas las artes políticas y guerreras. En el siglo XVI, así como Italia era sin duda alguna la tierra por excelencia de las bellas artes, y Alemania la de las atrevidas especulaciones teológicas, España era la tierra de los políticos y soldados. El carácter que Virgilio atribuye á sus compatriotas pudiera haber sido reclamado como suyo por los graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores. El arte majestático, el *regere imperio populos* nunca fué mejor entendido por los romanos en los más gloriosos días de su República, que por Gonzalo y Ximénez, Cortés y Alba. La pericia de los diplomáticos españoles era celebrada en toda Europa. Aún se recuerda en Inglaterra el nombre de Gondomar. La nación soberana no tenía rival en el arte de la guerra regular, ni en el de la irregular. Tanto la impetuosa caballería de Francia como las apretadas falanges suizas eran deficientes en sus arrestos, puestas cara á cara con la infantería española. Y en las guerras del Nuevo Mundo, donde era menester en el

General algo distinto de la estrategia corriente y en el soldado algo distinto de la ordinaria disciplina, y donde á menudo se hacía preciso oponer algún nuevo expediente á las variadas tácticas de bárbaros enemigos, los aventureros españoles, surgidos del vulgo, mostraban una fertilidad de recursos y un talento para negociar y mandar, que apenas encuentran parangón en la historia.”

“El castellano de aquellos tiempos era al italiano lo que el romano era al griego en los días de la grandeza de Roma. El conquistador tenía menos ingenuidad, menos gusto, menos delicadeza de percepción que el conquistado, pero tenía mucho más orgullo, firmeza y valor, más solemne apostura y más alto sentido de su honra. El pueblo dominado era más sutil en la especulación: el dominante en la acción más enérgico. Los vicios del primero eran los del abatido y vencido: del tirano los del segundo. Puede añadirse que el español, como el romano, no desdeñaba el estudio de las artes y el idioma de aquellos á quien oprimía.”

“En la literatura de España ocurrió revolución no desemejante á la que, según nos cuenta Horacio, tuvo lugar en la poesía latina: *capta ferum victorem cepit.*”

No me parece bien aceptar con el sabio Lord la supremacía en atrevidas especulaciones teológicas que concede á Alemania sobre la España de aque-

llos tiempos. No valen menos que los teólogos alemanes, Melchor Cano, el eximio Suárez, ambos Luises y los maravillosos místicos que sin extrañarse compiten, y si no vencen, igualan á Eckart y á Tauler, penetrando en los oscuros senos del alma para estudiarlos con analítica perspicacia, y arrebatados luego y guiados por la inteligencia y por el amor, buscar á Dios, tratar de conocerle y unirse con Él en aquel abismo.

Pondera luego Lord Macaulay el influjo dichoso que ejercieron en nuestra rica y original literatura el estudio y la imitación de la de Italia; enumera y celebra con brillantes frases á nuestros más valientes guerreros y políticos por lo bien que cultivaron las letras, sin descuidar las artes del Imperio y sin dejar el ejercicio de las armas; cita y ensalza á Boscán, á Garcilaso, á Hurtado de Mendoza, á Lope, á Cervantes y á otros, y añade por último:

“Es curioso considerar con qué temeroso respeto miraban á un español nuestros antepasados de aquella época. Era este español, en concepto de ellos, una especie de demonio, horriblemente malévolo, pero también en extremo sagaz y poderoso.—Son muy sabios y políticos, decía cierto honrado inglés en un memorial dirigido á la Reina María, y pueden por medio de su saber, reformar y enfrenar su propia naturaleza conformando su condición al modo de ser de aquellos hombres

con quienes alternan alegre y amistosamente. Estas dañinas y engañosas maneras no las comprenderá hombre alguno en tanto que no caiga bajo la sujeción de ellos; pero cuando caiga, las comprenderá y sentirá del todo: cosa de la que ruego á Dios que preserve á Inglaterra, porque en disimulación, hasta que alcanzan sus propósitos, y en opresión y tiranía cuando los han logrado, exceden á cuantas son las naciones de la tierra.—Este es el lenguaje de que se hubiera valido Arminio para hablar de Roma ó que pudiera usar un estadista de la India, en los tiempos actuales, al hablar de los ingleses. Es el lenguaje de un hombre ardiendo en odio, pero acobardado por aquellos á quien odia y reconociendo con pesadumbre que le son superiores no sólo por el poder sino también por la inteligencia.”

Ahora bien, yo tengo por cierto que, si las almas de los *graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores*, cuando, según la ficción poética de Virgilio, moraban en el Eliseo aguardando su nueva encarnación y aparición sobre la tierra, hubiesen encontrado las almas de otros jefes españoles de nuestros días, acaso en vez de desdenarlas por inferiores las hubieran respetado por iguales, diciendo con amor á alguna de ellas:

..... *Si qua falta aspera rumpas  
Tu Marcellus erit. Manibus date lilia plenis.*

En mi sentir, no podemos quejarnos porque carezcamos de varones egregios capaces de restaurar á España en su antigua y perdida grandeza. Aspero é invencible tejido de circunstancias lo impide sólo. El más hábil y brioso, y el mejor intencionado de los gobernantes, poco ó nada logra sin el auxilio, crédito y plena confianza de su pueblo, al que no sabrá ni podrá guiar si su pueblo mismo no expresa con firme y poco discrepante decisión á dónde quiere ir y por dónde.

No hay mayor estorbo para elevarse que la extremada variedad de opiniones y la desconfianza en las propias fuerzas. Nadie consigue sino humillarse si él mismo, exagerando la modestia con abyecta humildad se desestima; si se echa en el surco, como vulgarmente se dice; si desecha todo pensamiento propio y admira y copia, sin discernirlos bien, los pensamientos ajenos.

Pensemos, pues, y propongamos algo por nosotros mismos. No seamos federales por haber traducido á Proudhon, maravillándonos locamente de su raro talento de sofista. No seamos tradicionalistas ó clericales á lo Donoso, para copiar á Bonald y al Conde José de Maistre que nos emblesan. No seamos tampoco intolerantes librepensadores y furibundos anticlericales, para ajustarnos á la última moda de París. Seamos algo por nosotros y tengamos en nosotros la fe y el mutuo apre-

cio de que procede la concordia. El regionalismo, y hasta los insanos deseos de separación, no proceden sólo de medioeval atavismo, sino de presumir que en tal cual lugar ó región de España nos hemos adelantado y puesto al nivel de los más nobles pueblos y razas, mientras que el resto de los desventurados españoles se hunde cada vez más ó se queda á la zaga.

De estas epidémicas dolencias, de estos y de otros semejantes extravíos, es menester que nos curemos. Y no para aspirar de nuevo al predominio, sino para permanecer en el concierto de las naciones cultas y civilizadoras, y para que no nos expulsen, poniéndonos entre las naciones decaídas, por desestimar nuestro derecho y por declarar caducados ó no valederos y falsos desde su origen los títulos en que se funda.

Jamás acertaré yo á describir, ni menos me atreveré á declarar las causas principales de la decadencia de España. Indicaré sólo algo que apunta el ya citado Campanella en el mismo libro en que traza el plan que podía darnos, en su opinión, la hegemonía ó el imperio del mundo, porque *inventa tipografia et tormenta belica, rerum summa redit ad hispanos, homines sane impigros fortes et astutos*.

Lo que más se oponía, según dicho escritor, al logro de tamaña empresa, era nuestra escasa habi-